

JOSÉ GAROÉ
**Un corazón
en la pared**



Un corazón en la pared

Un corazón en la pared

José Garoé



«Tenía la exacta sensación de conocerla, esa sensación que a veces tenemos de haber visto a alguien en una vida anterior, sensación que se parece a la realidad como un sueño a los hechos de la vigilia».

ERNESTO SÁBATO

A todos los que han pasado por mi vida
y han hecho que sea como soy.

A mis hijos, Daniela, Diego y Mateo.

A mi mujer, mi amiga, mi primera editora,
sin la que esto no hubiese sido posible.

Tú iluminas la habitación

You light up the room

Profunda plegaria

Si hubiera que parar el tiempo en Sevilla en algún momento, tendría que ser en primavera, cuando la que un día fue capital del mundo y la ciudad donde el majestuoso Guadalquivir presume de puerto y de puentes se perfuma de azahar para recibir a los visitantes que se dejan engatusar por la Semana Santa y la Feria de Abril.

Aquel año, por primera vez, la Feria se había celebrado en mayo, no sin controversia. Los más tradicionales pusieron el grito en el cielo, pero el Centro de Coordinación y Operativa de Sevilla, el Cecop, había exigido dos semanas entre las celebraciones para garantizar la seguridad: revisar cada una de las casetas, trasladar las cámaras de seguridad y vigilancia de la avenida de la Constitución al recinto ferial y organizar los dispositivos. Tras una reunión con destacados representantes del sector turístico de la

ciudad, el alcalde expuso otro motivo para mantener la separación de dos semanas: la economía.

Aquella mañana todavía flotaba en el ambiente el regusto de la recién finalizada fiesta. Las marquesinas de muchas paradas de autobús seguían adornadas como casetas de la Feria. A las siete, a pesar del frío, ya había movimiento en el centro: los madrugadores acudían a sus puestos de trabajo y los bares ya habían abierto sus puertas para el primer café y la *tostá* de la mañana.

—Buenos días, don Benito. Es un poco temprano hoy, ¿no? —saludó alegre el tabernero entretanto sacaba brillo a un vaso.

El cura lo miró todavía un poco dormido al tiempo que intentaba meter más cuerpo dentro del abrigo. El frío del amanecer no correspondía a la fecha, aunque seguramente cambiaría a lo largo del día. La maravillosa Sevilla se maneja así a veces, caprichosa. Te viste para abrigarte y más tarde te desnuda para verte. Despista para enamorar.

—Hola, hijo. Sí, sí, hoy tengo que llegar un poco antes a la iglesia. Ayer hubo boda y no limpiaron nada. ¿Sabes hasta dónde llegan los granos de arroz? Qué manía esa del arroz. Tú que tienes mucho arte piensa a ver por qué podemos cambiarlo. ¿Hace más frío hoy de lo normal o es que me estoy haciendo viejo?

—Las dos cosas, don Benito —contestó con una sonrisa.

—Llevas razón, hijo. ¿Me pones un cafecito?

—Se está calentando la cafetera, ¿le pongo un chupito de anís antes?

—¿Antes? ¿Tú crees? ¿No me sentará mal?

—¿Cómo va a sentar eso maaal? Eso es medicina para los huesos. ¿No se acuerda usted de eso de que el orden de los productos no afecta a los factores?

—¡Al revés, bruto!

—Pues eso, el anís primero, además, así después no canta el aliento —dijo mientras llenaba el vaso y le guiñaba un ojo—. Enseguida le traigo el café.

El viejo cura vació el contenido del vaso con un sorbo rápido y maestro, de esos que casi no tocan la lengua y van directos a la garganta. Agradeció el calor del alcohol.

—Aquí tiene el cafecito. Aceitunas.

—¿Cómo que aceitunas? —preguntó el cura sorprendido.

—El arroz habría que cambiarlo por aceitunas.

La puerta principal del Divino Salvador, una de las iglesias más hermosas y transitadas de Sevilla, se abría al público a las once. El párroco se acercó a la puerta lateral del templo, más pequeña y manejable que la principal. Le costó un poco sacar la llave de la cerradura. «Madre del amor hermoso, con lo suave que entraba y salía antes y ahora me cuesta horrores. ¿Se habrá vuelto a romper? ¿Será el anís? Solo ha sido un chupito y no estoy tan viejo, caramba», pensó quejumbroso e impaciente.

Fue directo al pequeño cuarto de la sacristía donde guardaba los productos de limpieza. Intentó ponerse de rodillas a fin de hacer acopio de los elemen-

tos necesarios para acometer la tarea que le esperaba, pero un fuerte dolor en las rodillas le gritó que para. «Sí, puede que ya esté hecho un viejo, caramba» empezó a resignarse. Se inclinó y se armó de escoba y recogedor para comenzar su tarea en el pasillo principal. El madrugón, el frío y el sentirse mayor lo ponían de mal humor. Al llegar al fondo descubrió a alguien sentado justo en la última fila de los bancos de madera. Guiñó un poco los ojos para tratar de enfocar mejor. «No puedo creer que se quedara alguien aquí después de cerrar», se inquietó.

—¿Hola? —El templo le devolvió el sonido su voz en forma de eco—. La iglesia está cerrada, no puede estar aquí. ¿Cómo ha entrado?

Empezó a caminar despacio, temeroso, como cuando al oír un ruido en mitad de la noche se acude a ver qué ha pasado. A medida que se acercaba pudo distinguir que se trataba de una mujer. Estaba sentada, inclinada hacia delante, con los brazos entrelazados sobre el banco de delante y la cabeza apoyada sobre estos. Parecía rezar.

El temor inicial del cura mudó en enfado.

—Le he dicho que no puede estar aquí, señorita, ¿no me oye?

La mujer seguía sin inmutarse ante la reprimenda.

—Señorita, ¿está usted bien?

El enfado tornó en preocupación. Cada vez más inquieto y sin pensarlo mucho, le sacudió suavemente el hombro izquierdo para tratar de despertarla. La mujer cayó entre los bancos.

—¡Dios mío! —exclamó mientras se persignaba y se inclinaba torpemente a socorrerla.